

CHILE COMO EJEMPLO

EDUARDO HARO TEGLEN

CHILE tiene la desgracia —su pueblo— de ser uno de esos países que de cuando en cuando surgen como campo de observación, y al mismo tiempo de experimentación, para las teorías y prácticas de la política de su tiempo. Algo parecido le sucedió a España desde la proclamación de la República hasta nuestros días, especialmente en los años del Frente Popular, guerra civil, posguerra, aclimatación a Occidente y, ahora, con la fiebre consensual que buscan las democracias desnaturalizadas. Los intentos actuales de Pinochet por asumir él mismo una forma de "democracia controlada" son un nuevo ensayo para una política general en América Latina, quién sabe si para Europa, con el intento anecdótico de sobrevivirse a sí mismo, son las nuevas fórmulas. No dejad de recordar otras situaciones posturas: las modificaciones de Caetano en Portugal, ya a fascismo caído; los últimos manejos de la Junta de Gracia o los intentos, más fructíferos —todavía permanecen— de los miembros de la clase política que rodeó a Franco en sus últimos años.

En Chile se produjo en los años sesenta un experimento de Democracia Cristiana —Frei— que suponía una reproducción de una línea política implantada en Europa a partir de 1945, al final de la segunda guerra mundial: la Democracia Cristiana, con una importante carga ideológica, como recuperadora de una democracia destruida por el fascismo y, al mismo tiempo, como contención frente al marxismo (no sólo frente al comunismo, sino también contra el socialismo, que al mismo tiempo vela una mano tendida para colaborar: en muchos casos lo aceptó). El ensayo pertenecía a la nueva situación creada por Kennedy con la filosofía de que el comunismo no debía ser combatido con anticomunistas profesionales —dictadores, tiranos—, porque ello producía revolucionarismos de todas clases —la historia lo había demostrado así—, que eran contra-productivos para el fin perseguido. Kennedy fue asesinado antes —en 1963— de que Frei ascendiese al poder —1964— y quizá ello fue fundamental para el fracaso de la Democracia Cristiana en Chile: le faltaron apoyos suficientes y, además, contó con la desconfianza de los herederos de Kennedy, que habían dado un paso atrás. Frei había intentado la internacionalización del caso: viajó a Europa para entrevistarse con los dirigentes democristianos y para pedirles una ayuda que éstos le dieron —en la medida de sus posibilidades— porque el experimento les interesaba: declinantes las de-

mocracias cristianas en Europa, su triunfo en Chile hubiese sido muy importante. El experimento tenía mucho interés por las condiciones específicas de Chile: aun dentro de una tradición relativamente democrática, ofrecía los grandes desniveles de clases sociales de un país del Tercer Mundo. Se trataba de conseguir una alternativa al "modelo cubano". Pero los seis años de gobierno de Frei no dieron un resultado positivo, en ningún aspecto. Para los grandes conservadores, Frei había servido para abrir posibilidades y caminos de poder a la izquierda y no había logrado a atenuar los desniveles económicos: no había conseguido apartar el revolucionarismo de las esperanzas de los desvalidos. Qui-

zá estos grandes conservadores fueron culpables del fracaso de Frei: no renunciaban fácilmente a sus privilegios, ni los intereses de los Estados Unidos renunciaban a sus enormes beneficios.

Fue así como se formó una coalición electoral unitaria de las izquierdas, centrada en la persona de Allende, que sería sobre todo un hombre honesto, sacrificado, unitario, legalista. El experimento de Allende consistía en llegar a las máximas posibilidades revolucionarias, pero sin hacer la revolución, sin sangre y sin dictadura. Despertó un enorme interés en todo el mundo, que desbordaba la importancia de Chile como país. Era la primera vez en la posguerra —salvo Gobiernos provisionales y

efímeros— que en un país del mundo la izquierda aparecía unida, en una gama muy amplia, con inclusión de comunistas y aun de grupos que se consideraban a la izquierda del PC. Y, sobre todo, la primera vez que esa izquierda tenía acceso al poder, sobre todo, por medio de las urnas. Se escribieron en el mundo millares de artículos —y muchos libros— teóricos y prácticos sobre el experimento chileno. Era ya un país-modelo. Grandes dirigentes de la izquierda mundial viajaron a Chile para "aprender" —uno de ellos Mitterrand, en busca de la unión de la izquierda— y para examinar las posibilidades de ese tipo de régimen.

Se sabe lo que fue el largo calvario de este régimen y el personal de Allende. La derecha no dejó escapar ninguna de las posibilidades legales —y aun extralegales— para algo más que combatirle: para boicotearle. Desde los sistemas de resistencia pasiva a los más agudos de la resistencia activa. Dentro mismo de la izquierda unida se produjeron sobresaltos: los revolucionaristas veían venir la catástrofe y predicaban que sólo la revolución salvaría al país; los pobres consideraban que su restauración económica no se produciría nunca y procedían a acciones de alguna violencia —incautación de tierras, etc.— que Allende reprimía... Washington conspiraba, el Ejército conspiraba.

Hasta que se produjo el golpe de Estado de septiembre de 1973. Uno de los más crueles y mortíferos de los últimos años. Aparentemente, uno de los más toscos y poco inteligentes. Ni Pinochet ni sus hombres ofrecían el menor rasgo de ductilidad política, ni la más mínima forma de respeto. Ni siquiera una muestra de apariencia o de disfraz.

A la larga, se ha visto la eficacia de este terrorismo. En un país convertido en centro de propaganda de la unión de la izquierda, en modelo de socialismo en libertad y de reformas por vías legales, el golpe no era solamente para sus protagonistas, sino para toda la izquierda del mundo. Inmediatamente, para la de América Latina: el modelo chileno, que se había intentado en otros países —Uruguay, en cierta forma Argentina—, fue rápidamente desechado. No sólo terminaba en el fracaso —y la verdad es que ya se le había hecho fracasar, ya había sido un modelo imposible—, sino en la muerte, en el asesinato.

Con su gran sensibilidad para estos fenómenos, la izquierda en todo el mundo dio rápidamente un paso atrás. La timidez en las reformas de Portugal y la atonía de su izquierda, el conservadurismo



La "democracia controlada" que desea Pinochet es un nuevo ensayo para una política general en Latinoamérica.



En Chile ahora se quiere institucionalizar el golpe de Estado. En la foto: asalto a la Casa de la Moneda, septiembre de 1973.



Allende: un intento de conseguir las máximas posibilidades revolucionarias sin sangre y sin dictadura.

mo de Grecia, quizá deban algo a Pinochet. Como la retracción de la izquierda italiana ante unas fórmulas de unidad que les dieran el gobierno y, sobre todo, la destrucción de la unión de la izquierda francesa en las vísperas electorales. Aparte de los análisis de cada una de las situaciones nacionales, el fantasma de Allende y la casa de Pinochet han influido, sin duda, de una manera muy notable en esta situación: la izquierda se repliega y renuncia cuando puede tener en sus manos el poder. En España ha sido muy perceptible, y lo es, en la izquierda como en la derecha. No han faltado aquí las exaltaciones derechistas a Pinochet y sus representantes y una clara posición pinochetista en sus órganos de expresión. Como no han faltado alusiones de precaución frente a "un Pinochet" en las declaraciones de la izquierda.

Se trata de algo más que de una metáfora. De la posibilidad de que la misma palanca que movió a Pinochet en Chile, o a Videla en Argentina —y a toda la cohorte de dictadores latinoamericanos—, pueda moverlo aquí. La idea de que Europa es diferente no se sostiene. La letra con sangre entra, y la letra de Chile ha entrado con sangre en toda la izquierda europea. Y aun en estos países —como Portugal o Grecia, y aun España— donde las clases obreras o campesinas están en condiciones económicas inferiores, no lo están tanto como para que el estímulo de mejorar permita a los dirigentes que se arriesgan.

Pero ciertas condiciones políticas están cambiando. El ensayo va, ahora, por otras vías. Carter —el grupo Carter— vuelve a ciertas premisas de Kennedy, pero sin excederse. Con otro control. Ya no es la rudeza de Nixon, ya no

es la falta de escrúpulos de Kissinger. El grupo Carter se encuentra con que, aun cuando la izquierda evite gobernar, hay una difusión de ideario izquierdista en Europa, al mismo tiempo que encuentra, como ya encontró Kennedy —otro ciclo— que las tiranías en Latinoamérica no contienen suficientemente el revolucionarismo. Si se estudian los últimos años, se advierte que la política global de los Estados Unidos es muy poco imaginativa, muy poco matizada. Parece como si hubiesen llegado a la abstracción política de que todos los países son iguales, todas las situaciones se repiten, y que las condiciones nacionales, que no dejan de tener en cuenta, son más bien anecdóticas. De la misma forma que trataron de implantar en toda Europa democracias cristianas en la posguerra, sin matizar mucho entre Alemania Federal o Italia o Francia; de la misma forma que buscaron regímenes fuertes en los tiempos agudos de la guerra fría, parecen buscar ahora esta fórmula de democracia controlada que sirve para todos. En Europa, para cortar un proceso de crecimiento de la izquierda, que se haría más importante a medida que las dificultades económicas y las crisis mundiales fueran aumentando la cantidad de damnificados y la cualidad negativa de su desesperación. En América Latina, para cortar los abusos de la derecha, no tanto por su condición de abusos en sí —por su persecución en los "derechos humanos", que son la justificación teórica del antizquierdismo (anarquistas, terroristas, Brigadas Rojas, etc., y la Unión Soviética y el comunismo, naturalmente) y del antiderechismo—, sino por la posibilidad de acrecentar procesos revolucionarios. Como ya lo pensó Kennedy.

Otra vez aparece Chile como campo de experimentación. Los Estados Unidos tienen que tener

mucho cuidado en la forma de desmontar esta dictadura, de manera que sólo pase al estadio de "democracia controlada" y no se vaya más allá. Tienen armas para hacerlo. Desde las restricciones económicas hasta el azuzamiento de otras dificultades exteriores de Chile —su mala situación con sus vecinos Argentina, Perú, Bolivia—, desde las amenazas de escándalo hasta el apadrinamiento de la oposición interior medida —otra vez Frei, otra vez la Democracia Cristiana—. El escándalo podría ser el del "caso Letelier". Letelier, izquierdista chileno, fue asesinado en Washington en septiembre de 1976, presumiblemente por agentes del Gobierno chileno (otros asesinatos de esta índole se cometieron en distintas partes del mundo). Uno de sus presuntos asesinos fue un súbdito de los Estados Unidos, residente en Chile y casado con una chilena, Michael Townley. Es curioso que sea ahora, en 1978, cuando los Estados Unidos se apresuran a investigar y quizá a juzgar este crimen de hace diecinueve meses. Las revelaciones que se puedan hacer en el proceso serían posiblemente graves para muchas personalidades del régimen. Washington ha pedido la extradición a Chile y la ha obtenido con una celeridad sorprendente. Sorprendente para el propio Pinochet, que la calificó así. La concedió el general; Hernán Brady, ministro de Defensa, que ha sido cesado ya en su cargo, en la remodelación ministerial que acaba de hacer Pinochet, y que puede ser enviado como embajador a Lima, en símbolo de desgracia. La acusación de Estados Unidos es la de que Townley —conocido ya por actividades violentas de extrema derecha; acusado de un asalto a la radio de Concepción, en el que resultó muerta una persona— había ido a Estados Unidos en compañía del capitán chileno Ar-

mando Fernández, los dos con nombres falsos, pero con pasaportes oficiales chilenos, y habrían contratado a un grupo de exiliados cubanos para que cometieran el asesinato. En los interrogatorios, en el juicio, pueden salir nombres, y es una amenaza que los Estados Unidos mantienen con Pinochet.

Y en este momento se produce un paso más en la "institucionalización" de Pinochet. El dictador, que después del referéndum de enero había anunciado que no habría elecciones en diez años, anuncia ahora un nuevo referéndum para el próximo año. Y una nueva Constitución, que dará a conocer al país el 21 de mayo (la Constitución de una democracia fuertemente controlada, sin partidos y controlada por las Fuerzas Armadas). Y concede una amnistía que expulsa del país a los encarcelados políticos (se dice que España es una de las naciones dispuestas a acogerlos). El paso más reciente: la constitución de un nuevo Gobierno donde hay ya más civiles que militares —lo cual no es ninguna garantía—, presidido por el ministro del Interior, Sergio Fernández, a quien se encarga de la "reforma". Pero en el periódico "El Mercurio" se dice que es una forma de demostrar "la vitalidad del régimen militar", porque es él quien preside los pasos hacia la "estabilidad institucional" (que Pinochet ha prometido para 1991).

A pesar de las advertencias de Pinochet de que nada de esto debe considerarse como un retroceso o como una debilidad, aparece claramente que esta prisa por ponerse al corriente es consecuencia del nuevo ensayo de "democracia controlada". Varios miembros de la Junta, sin contar con lo que queda de la oposición civil, están a favor de esa democracia controlada, pero sin Pinochet. Las disensiones comenzaron a manifestarse públicamente a partir del referéndum del 4 de enero, y altos jefes militares quisieron ya desolidarizarse de la sangre de la represión.

Todo parece indicar que Pinochet está haciendo los últimos esfuerzos para seguir siendo él mismo el poder: que quiere él producir los cambios, o una fachada de cambios. Lógicamente, este esfuerzo no debe prevalecer; el nombre propio de Pinochet está excesivamente ligado al de la represión, y los cambios que anuncia son tan inoperantes que no sirven ni para el engaño. A pesar de lo cual producen una mejor situación moral y material para la izquierda chilena, lo cual es ya un motivo de satisfacción. La predicción de que Pinochet está próximo a caer, aunque la "democracia controlada" no sea intrínsecamente satisfactoria, no es aventurada. Aunque todavía haya muchos elementos en Washington que le apoyan.

Y una vez más, Chile, como campo de experimentación, es atentamente seguido por los observadores de la izquierda y de la derecha de todo el mundo, que llegan a la conclusión —provisional y tímida— de que las tiranías, los golpes de Estado y las represiones sangrientas no son propias de esta época. ■